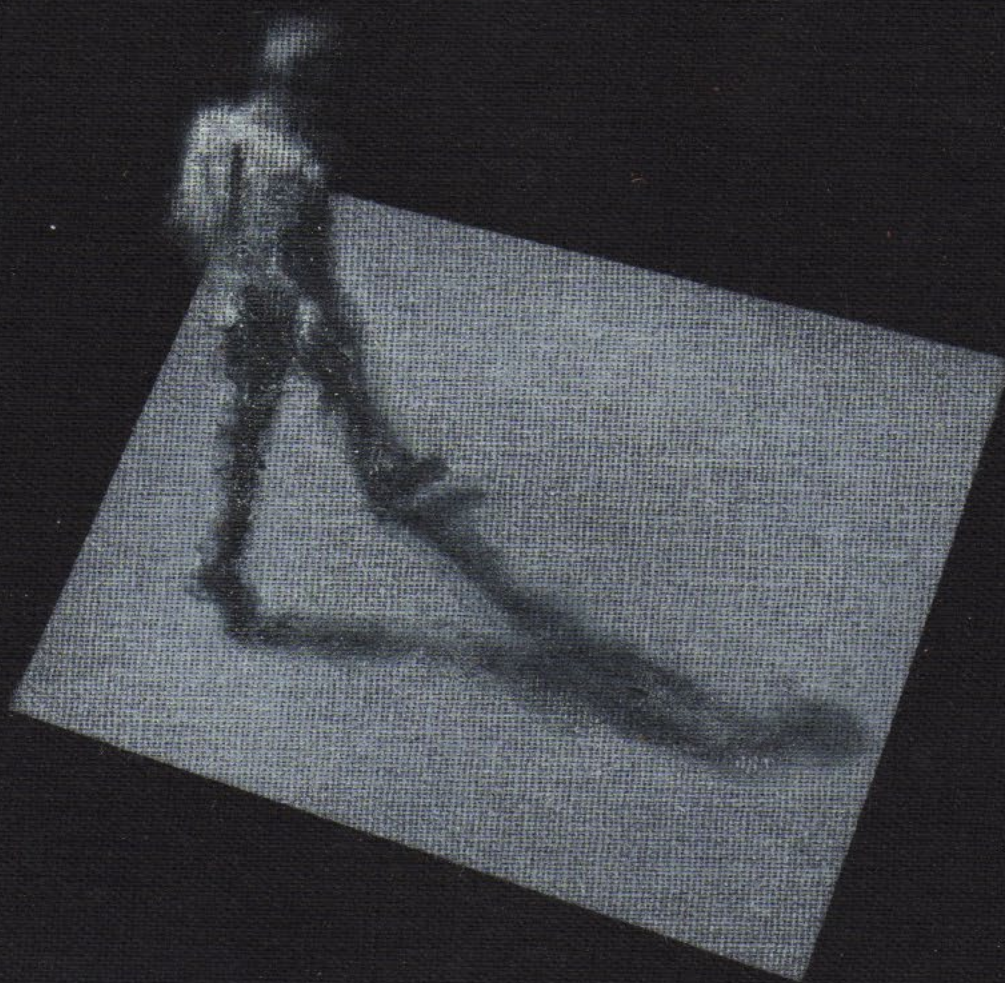


¿UN HECHO SOCIAL TOTAL Y GLOBAL? UNA MIRADA DESDE LA PLATA

Joaquín Vélez (Becario Doctoral CONICET, con lugar de trabajo el Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECyS) de la FTS de la Facultad de Trabajo Social de UNLP.)

Imagen por Mauro Valenti



La calle vacía, las veredas en silencio, la vida puertas adentro. La irrupción pandémica del SARS-CoV-2, causante de enfermedad por coronavirus COVID-19, tuvo, tiene y tendrá profundas e imprevisibles consecuencias en nuestras vidas, tanto a nivel global como local, o en ese intermedio que hay quienes denominan como “glocal”, recordando que lo global también sucede en espacios y lugares específicos. Aunque no llegó de la misma forma ni al mismo ritmo a los diferentes sectores del globo, el caso argentino no tardó en sumarse a la estela de países que, apenas unos meses luego de la identificación de este nuevo virus, comenzaban a tomar medidas de restricción tanto para las fronteras internacionales, como para las provinciales, intermunicipales y de la movilidad urbana. La implementación del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) que implicó medidas análogas a las de una cuarentena pero extendida en Argentina durante varios de los meses del evento pandémico, trastocó las dinámicas cotidianas e irrumpió en la temporalidad de nuestras vidas.

Hacia comienzos de 2020 comenzaron a circular noticias en medios de comunicación internacionales acerca de una nueva variedad de coronavirus identificada en el territorio de la República Popular China. Por entonces parecía algo distante, quizás similar a otras variantes previas que habían tenido cierto impacto en el sudeste asiático y algunos países centrales pero que no habían tenido grandes consecuencias en el territorio sudamericano. Ante estas novedades, en el cotidiano del espacio de trabajo compartido en la Facultad de Trabajo Social pensábamos lo difícil y extraño que sería que se cancelase el tráfico aéreo mundial para evitar la propagación infecciosa. A la semana siguiente se suspendió la asistencia presencial a las universidades y hoy, dieciocho meses más tarde, vuelvo por primera vez a este lugar, todavía algo desordenado y vacío para comenzar a escribir estas líneas.

¿Qué transformaciones implicó? ¿Qué modificó en las formas de trabajo de las ciencias sociales en general y del trabajo de campo en particular? ¿Qué tienen las ciencias sociales para aportar en este debate contemporáneo? Estas líneas se proponen recorrer estos interrogantes arriesgando algunas mediaciones entre tendencias globales provocadas por la pandemia, la situación local de la investigación social y algunos emergentes del trabajo de campo durante el fenómeno de aislamiento/distanciamiento social dado por las medidas restrictivas en la ciudad de La Plata.

Un hecho social total ¿global?

Hace algo más de un siglo, el etnólogo Marcel Mauss se interrogaba acerca de ciertos fenómenos que generaban un funcionamiento particular en la sociedad, eventos que afectaban prácticamente a todas las esferas de la vida. Los llamó, inspirado en parte por su mentor y tío, el sociólogo Émile Durkheim, hechos sociales totales. ¿Qué sería un hecho social total? Para retomar brevemente su planteo, Mauss observaba que ante ciertos eventos, prácticas rituales o fenómenos estacionales, una determinada sociedad se comportaba de manera más evidente como un todo, como una unidad o totalidad. Previo a las ideas de estructura social o sistema que anegarían los anaqueles de las décadas siguientes en las ciencias sociales, pero con la inspiración funcionalista y organicista de Durkheim que pensaba la sociedad de

forma análoga a un organismo con sus propiedades emergentes, observaba cómo las diferentes personas, posiciones o cosas materiales entraban en fuertes relaciones de interdependencia para actuar de forma conjunta. Para seguir con la metáfora biológica, símil a cuando un cuerpo entra en estado de alerta y cada sistema que lo integra pone toda su energía en atravesar el sobresalto e intentar mantenerse con vida.

Aunque ya por entonces existía la denominada fiebre española que produjo una gran cantidad de muertes según diversas estimaciones, Mauss tenía en mente el ejemplo de la guerra, un hecho que como en muchas otras sociedades marcaría la historia de la primera mitad del siglo XX en Europa y en otras regiones del globo. Este tipo de fenómenos implicaban para Mauss la rápida articulación entre múltiples planos de la sociedad: la esfera política, pero también la económica; la esfera de lo religioso y lo oracular, así como lo técnico y la investigación, mostrando como estas dimensiones muchas veces separadas por el pensamiento secular moderno encuentran sus vasos comunicantes en afinidades estructurales afectándose mutuamente. El *potlach*, como evento festivo y ritual de las comunidades del noroeste de Norteamérica durante el siglo XIX, o el intercambio en los círculos del *kula* en las sociedades de Melanesia a comienzos del siglo XX, eran algunos ejemplos que ponía el mencionado autor para ilustrar este tipo de comportamientos colectivos que evidenciaban a una sociedad como totalidad.

La particularidad de la pandemia del COVID-19 no sólo nos permite pensarlo como un hecho social total, sino a la vez podríamos agregar, hecho social total global, en tanto que en el lapso que media entre las elaboraciones de Mauss y aquella gripe española, la globalización y la mundialización aparecieron como unos de los procesos más significativos que modificaron la forma de vida de las sociedades humanas. Muchas más personas pueden moverse más rápido, y la interdependencia generada entre diversos países profundiza esta dimensión del sistema global. Pero también las redes de comunicación y la posibilidad de compartir información a gran velocidad permitieron desarrollos biotecnológicos e impulsaron la identificación y el conocimiento de las propiedades del virus, acelerando de forma inédita las investigaciones en estas áreas. También la evidencia de cambios a nivel planetario que pueden amenazar la continuidad de la vida humana y que en la teoría social contemporánea giran en torno a las discusiones sobre el Antropoceno como nueva periodización geológica definida por el impacto humano. Lo mencionado hace que autores como Dipesh Chakrabarty postulen una suerte de concretización de lo global como realidad en la que sería necesario reflexionar sobre los efectos producidos en el planeta Tierra, y cuyas amenazas son parte de la inspiración de proyectos que rayan la ciencia ficción, como la inauguración de vuelos comerciales al “espacio exterior” o la instalación de colonias humanas en Marte que no dejaron de avanzar durante la pandemia de COVID-19.

Claro que la afección y el impacto de la pandemia no se dieron de manera homogénea. Aunque podemos pensar esta situación bajo el concepto que acuñase Marcel Mauss, en este caso ante un acontecimiento disruptivo, la manera en que las diferencias y desigualdades previas se pusieron en juego evidenció grandes cambios, pero también continuidades respecto de las posiciones relativas en el inequitativo acceso a recursos y necesidades básicas. Aún cuando ciertas regiones como el centro de África no fueron afectadas (todavía) con la misma intensidad que otras

regiones del planeta, precisamente por su falta de conectividad y su relativa desconexión en los flujos globales de personas y mercancías, la mayor parte de la población mundial vio su vida modificada profundamente por la irrupción y expansión del mencionado agente biológico. La producción de vacunas se circunscribió a unos pocos países, y su reparto fue acorde tanto a las ofertas y demandas del mercado, como a las rispideces geopolíticas. Tanto es así que a la fecha en algunas fronteras como las europeas se habilita el ingreso de personas no sólo según sus ya requeridas credenciales ciudadanas, sino también según el tipo de vacuna recibida mediante la implementación de pasaportes sanitarios.

Acontecimientos disruptivos y herramientas de investigación

Desde la antropología latinoamericana se han desarrollado diversas investigaciones previas a la pandemia que analizaban eventos críticos como desastres y catástrofes desde lo que Rossana Reguillo denominó acontecimientos disruptivos. Éstos serían eventos o hechos que irrumpen en el cotidiano y producen profundas modificaciones; relacionándolo con el concepto de Mauss antes señalado, pueden en ocasiones ser el comienzo de un hecho social total. Terremotos, inundaciones, explosiones, accidentes nucleares o episodios de violencia colectiva han sido analizados desde esta perspectiva, identificando formas de acción, de solidaridad que se ponen raudamente en movimiento.

La ciudad de La Plata fue escenario de un evento de este tipo con las inundaciones del 2 y 3 de abril de 2013, cuando los anegamientos se llevaron más de un centenar de vidas y la ciudad vio drásticamente interrumpida su normalidad y cotidianidad. En ese contexto, desde una materia de Antropología Sociocultural de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, realizamos el ejercicio de pensar el fenómeno desde la antropología del acontecimiento, a partir de elaboraciones como la de Reguillo. Algo inusualmente, unos años más tarde nos permite tener a mano el ejercicio y los conceptos para pensar nuestra situación actual y este nuevo gran acontecimiento disruptivo. Quizás haya en esto algo de casualidad; quizás algo de un sedimentado trabajo conjunto durante décadas en las ciencias sociales argentinas que de la mano de un sostenido incremento en los recursos destinados a tal fin, ha capitalizado una gran variedad de interesantes investigaciones en diversas áreas.

Esto me lleva a pensar cuán medicalizadas fueron las intervenciones estatales y los discursos circulantes en medios de comunicación y cuán poco parecieron ser convocados profesionales de las ciencias sociales para comprender y diseñar políticas vinculadas al distanciamiento social o el aislamiento, nuevamente denominado, social. Sin escatimar importancia al saber epidemiológico y médico para enfrentar la situación extrema ante una amenaza biológica, muchas de las medidas restrictivas y de los impactos producidos por la propagación del virus adquirieron profundas consecuencias en la vida social, sumado a la necesidad de generar cierta conciencia colectiva y legitimidad para el acatamiento a las normas epidemiológicas preventivas. Parafraseando a Michel Foucault, la vida reducida a su condición

biológica fue puesta en el centro de las preocupaciones y las sociedades humanas fueron, quizás más que nunca, consideradas y tratadas como poblaciones vivientes. De forma casi instantánea, los procesos de securitización y la importancia del significativo “seguridad” en las sociedades contemporáneas, como veremos más adelante, amplió su sentido y polisemia para incorporar los cuidados y medidas asociados a la pandemia y a la prevención de la difusión del agente patógeno, eso que muchos estudios ya denominaban como bioseguridad. Las propias fuerzas de seguridad y defensa, como las infraestructuras destinadas a tal fin fueron puestas en acto, trayendo una vez más a colación aquellas sugerentes ideas de Marcel Mauss.

Esto por supuesto no impidió que las reflexiones y las miradas de las ciencias sociales tuviesen su rol y su lugar, y que quienes realizamos investigaciones con fondos estatales o en el seno de universidades nacionales públicas continuásemos nuestras tareas intentando dar cuenta de la novedad y haciendo un uso intensivo de la reflexividad por haber sido, como prácticamente la totalidad de las personas, afectadas de una u otra manera. Redefiniendo objetivos de investigación y planes de trabajo pensados para contextos muy disímiles, y adaptando con toda la creatividad y rigurosidad posibles las herramientas de trabajo que teníamos a mano para dar cuenta de la nueva e incierta situación, la producción, el diálogo y la reflexión conjunta sostenida en gran parte en espacios y plataformas “virtuales” continuaron su sinuoso curso. Tampoco impidió que desde las agencias estatales se lanzaran diversas convocatorias a proyectos de investigación para analizar los impactos de la pandemia y el aislamiento en diferentes escalas y territorios. La experiencia en uno de estos proyectos denominados PISAC COVID-19 que analiza el desempeño de las fuerzas de seguridad durante la pandemia, sumado al desarrollo de trabajo de campo para la beca doctoral que llevo adelante, posibilitan algunas de las reflexiones que aquí introduzco.

En este sentido, las herramientas de la etnografía virtual, los métodos de encuestas autoadministradas, las recurrentes reuniones en videollamada, todas estas técnicas previamente desarrolladas y con bibliografía específica anterior a la pandemia, se pusieron también en juego. En una de las mesas de trabajo sobre abordajes metodológicos en el seno de las Jornadas de Investigación Docencia, Extensión y Ejercicio Profesional realizadas por la Facultad de Trabajo Social en octubre de 2021, de forma colectiva y a partir de trabajos y casuísticas muy disímiles llegá-bamos nuevamente a esta conclusión: casi todas las herramientas y dispositivos metodológicos en cada una de las áreas contenidas en el título de las jornadas, existían de forma previa a la pandemia. Esto nos permitió poder resignificarlas en el nuevo contexto y calibrarlas con relativa rapidez, a diferencia de lo que una de las participantes mencionaba respecto de la crisis de 2001 en Argentina, donde su sensación era que no estaban a mano los conceptos o los dispositivos para poder dar cuenta del fenómeno con la inminencia que se presenta.

Situándonos en el caso de la ciudad de La Plata, pero esta vez en el marco de la pandemia, una serie de medidas profilácticas no tardaron en implementarse y se monitorearon activamente los ingresos y egresos del partido por las principales vías de acceso. Ya más precisamente en una zona específica de la ciudad donde desarrollé trabajo de campo previo, durante y posterior al aislamiento obligatorio, el gran acatamiento de la población residente ante esta medida cambió drás-

ticamente su posición como un barrio de tránsito entre los nodos centrales de la ciudad y una de sus periferias, como también la gran cantidad de personas vinculadas a las dependencias y facultades de la Universidad Nacional de La Plata que se encuentran en sus inmediaciones. En el siguiente apartado, nos detendremos en algunas de estas nuevas dinámicas urbanas producidas por las medidas durante la pandemia.

Aislamientos desiguales: control social y figura-fondo

Muchos sectores de la ciudad de La Plata que encontraron la posibilidad de permanecer dentro de los límites de sus residencias acataron las primeras baterías de medidas preventivas implementadas por las autoridades estatales. La movilidad urbana bajó drásticamente, y si pensamos que las ciudades están también hechas de desplazamientos y movimientos, el espacio urbano se transformó de forma significativa ante la baja de transeúntes y la relativa forma sésil que adoptaron temporalmente sus habitantes. Pero este vacío producido por quienes acataron las medidas dejó en evidencia diferentes sectores que presentaban profundas dificultades para practicar ese *impasse*. Poder aislarse en el propio hogar fue algo que quienes contábamos con una vivienda y un sustento económico más o menos estable podíamos llevar adelante, a pesar de la gran preocupación y ansiedad colectiva. Pero en otros casos, muchas personas precisaban encontrar la manera de seguir desplazándose y habitando la calle para sostener su subsistencia. Y ante un fondo tan vacío, como nos plantea la gestáltica, la figura de quienes eran objeto de control y regulación se hacía más pregnante y cobraba centralidad en el escenario ciudadano.

El control formal de la ciudad por parte de las fuerzas de seguridad provincial y federal, como de las áreas municipales destinadas a la regulación urbana, cuyos trabajos se mantuvieron como “actividades esenciales”, se tornó estricto y con mayor potestad y legitimidad para reprimir usos indebidos o indeseados de la ciudad. De hecho, traccionó diferentes reformas en la gestión municipal de la coalición política de centroderecha Cambiemos, asumida en 2015 y reelecta en 2019 con la figura de Julio Garro como intendente. Por ejemplo, diversas áreas municipales que tenían injerencia en las regulaciones urbanas (espacios verdes, control urbano, convivencia ciudadana) se unificaron bajo la rúbrica de las políticas de una gran área de seguridad, al mismo tiempo que la consolidación de los sistemas de videovigilancia durante los últimos años encontró nuevos usos y la posibilidad de identificar la falta de acatamiento a las normativas durante el ASPO. Junto a un programa de policiamiento predictivo enmarcado en un convenio con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la participación de equipos especializados en la temática oriundos de Gran Bretaña desarrollado durante la primera gestión de la mencionada coalición, se habían identificado “puntos calientes” como la “zona roja” donde la ocurrencia de conflictos, actividades delictivas y problemáticas urbanas habían sido identificadas bajo la asistencia de software de inteligencia artificial; programa que también se implementó en otros municipios de la Provincia de Buenos Aires del signo político de la misma coalición que gobernaba el país y la provincia en el período 2015-2019.

Pero también el control social informal ejercido por residentes cobró una nueva dimensión. Aunque ya existían diversas asociaciones entre vecinos bajo la forma de grupos de mensajería instantánea y plataformas virtuales que eran utilizados para compartir información y denunciar eventos indeseados del ámbito barrial en las redes sociales virtuales o en medios de comunicación digital, el drástico cambio implicó que estos canales se emplearan para compartir información relevante respecto de las novedades en el cuidado y la posibilidad de contagio, como de los lugares cercanos para la asistencia estatal en materia sanitaria. Unos meses antes se habían empleado estos mismos canales para prevenir sobre casos de otros patógenos como los causantes de dengue, chikungunya y hantavirus transmitidas según el caso mediante vectores como mosquitos y ratones, por lo que preexistía la posibilidad de compartir información sobre enfermedades en este canal que ahora se sumaba a los medios oficiales de comunicación. Pero el uso de grupos de mensajería abocados estrictamente a cuestiones de seguridad con sus normativas específicas sobre qué se podía o no “postear” o “compartir”, flexibilizó aún más sus reglas para habilitar la circulación de información sobre el hecho pandémico y las precauciones recomendadas por las autoridades estatales. A la vez, las mismas y muy conocidas plataformas dependientes de empresas transnacionales y grandes corporaciones que los vecinos utilizaban cambiaron sus políticas de publicidad de información, restringiendo y jerarquizando determinadas fuentes con el objetivo de reducir información falaz o lo que ya comúnmente llamamos *fake news*, encontrando aquí apenas un ejemplo más de la imbricación entre configuraciones locales y flujos globales.

De esta forma, no sólo se modificaron los usos de estos canales en los dos barrios analizados del casco fundacional de La Plata, sino que se profundizaron algunos de sus objetivos de regulación social informal preexistentes. Por ejemplo, el contacto directo con responsables de las fuerzas de seguridad de la zona que los residentes habían establecido en muchos casos antes de la irrupción de la pandemia, permitía alertar sobre la falta de acatamiento a las normativas de restricción a la movilidad. La delación de personas circulando sin el debido permiso o habilitación o la identificación de personas reunidas en alguna esquina permitían a quienes residían ser los “ojos en las calles” de las fuerzas de seguridad estatal, para retomar una figura clásica de Jane Jacobsen en los estudios urbanos norteamericanos. Estas formas de vigilatismo no implicaron por lo general, en los casos relevados, la acción directa o la intervención de residentes en formas de “linchamiento”, sino que comúnmente se limitaban a dar aviso a las autoridades por los canales oficiales de denuncia. Pero muchas otras veces lo hacían de manera informal, ya sea mediante conversaciones de mensajería instantánea entre los residentes, ya sea compartiendo estas situaciones con comisarios o agentes municipales a sus teléfonos móviles personales. Esto nos permite pensar en la introducción de otras formas de desigualdad en el acceso a los reclamos hacia las agencias estatales y la sostenida importancia de los vínculos interpersonales en contextos de expansión urbana y creciente anonimato debido al continuado aumento demográfico y de densidad poblacional. Estos rasgos cara a cara del “barrio” se pusieron en acción y configuraron nuevas redes tanto de autogestión de la seguridad, como de vínculos privilegiados e informales con las personas que ocupaban cargos estatales vinculados a la seguridad y el control urbano.

¿Quiénes son “vecinos”? Problemas de reconocimiento

Uno de los conflictos preexistentes en este sentido remite a la existencia de una zona de oferta de trabajo sexual, que lleva años de tensiones entre “vecinos” residentes, trabajadoras cis y trans, algunas de las cuáles también residen en las inmediaciones del barrio. Frente a la persecución y criminalización de las trabajadoras, complejizada debido a la coexistencia de circuitos de microtráfico de estupefacientes ilegales que suma otra serie de actorxs en la ecuación del conflicto, éstas marcharon con un cartel que consignaba “nosotras también somos vecinas”. Es decir, ponían en evidencia las luchas por el reconocimiento y, algo que trabajos previos ya han puesto en evidencia, la cualificación moral de quiénes son o no consideradas como habitantes legítimos de un espacio determinado y como tales, sujetxs de cuidado y derecho. La difícil situación laboral de quienes desarrollan su trabajo nocturno en dicha zona era ya conocida, y la muerte violenta de una trabajadora semanas antes de las medidas preventivas sirve apenas como un ejemplo, al que podemos sumar también otra muerte a mediados de 2021 cuando una “bala perdida” se cobró la vida de otra persona más mientras ejercía su trabajo de oferta sexual.

¿Era posible para muchas de estas personas en condiciones de estructural desigualdad y vulneración de derechos cumplir con las medidas preventivas? ¿De qué forma resolverían su sustento económico? Si a las historias de violencia y exclusión que han experimentado quienes desarrollan su trabajo en dicho espacio público y en particular durante la noche, sumamos en muchos casos su condición de migrantes sin una situación de residencia regular en el país o documentación fehaciente, no es muy difícil imaginar que gran parte de las medidas de apoyo económico implementadas por las autoridades estatales no consiguió mejorar su situación ni alcanzar de forma directa a estas personas como beneficiarias. La realización de entrevistas en este contexto demostró estas limitaciones: dispositivos tecnológicos obsoletos, falta de conectividad o desconfianza a poder conversar sobre sus situaciones y problemas fueron recurrentes en entrevistas realizadas tanto personalmente, como en el marco de uno de los proyectos colectivos que analizaba el impacto de la pandemia en el desempeño de las fuerzas de seguridad hacia poblaciones vulnerables en diferentes lugares del país.

También las personas en situación de calle, como pibes y pibas que “ranchan” en algunas plazas céntricas de la ciudad, fueron objeto de abusos policiales, donde, también con reticencia y negades a la posibilidad del registro de las conversaciones de entrevista por temor o desconfianza, contaban que policías aprovechaban la posibilidad de las interacciones en el marco de la regulación pandémica para golpearles, “chicanearles” o amenazarles, “sacándose las ganas” de realizar esas vejaciones que según contaban, ya tenían previo al aislamiento, y que estos encuentros les permitieron disciplinariamente efectuar. También manterxs, comerciantes ambulantes u otras prácticas de economía informal basadas en la movilidad tuvieron serios inconvenientes, no sólo para resolver sus ingresos del día a día del cual dependen, sino también para poder realizar las medidas de aislamiento y prevención para su propio cuidado. Muchas de estas personas evidenciaban espacios muy reducidos y poco propicios para mantenerse durante largas horas en su interior, sea por hacinamiento, sea por la falta de otras condiciones salubres como agua

corriente o servicio de gas para la calefacción en épocas invernales. La estrategia allí fue la de “burbuja colectiva” haciendo referencia a un aislamiento barrial o comunitario, que de todas formas no evitaba el problema referido a que muchas de estas personas continuaban con la necesidad de desplazarse por fuera de dicho límite para sus estrategias de subsistencia, y aunque las redes de solidaridad y apoyo mutuo se hicieron presentes, también aparecieron las reticencias hacia quienes franqueaban el límite de la burbuja para desempeñar sus estrategias laborales y de abastecimiento.

Atardecer y amanecer: jerarquizar nuestras investigaciones sociales

Si retomamos el argumento del comienzo de Marcel Mauss sobre el hecho social total, es curioso que la distancia, la relativa quietud y el aislamiento mostraron y ejercitaron las profundas interdependencias que hacen a nuestra vida social. Es decir, la suspensión de vínculos e interacciones cara a cara, y no su intensificación —a excepción de las relaciones de convivencia y cohabitación que plausiblemente sí se intensificaron—, fue lo que nos permitió no sólo actuar de forma conjunta, sino también observar con cierta agudeza la conformación de las dinámicas cotidianas que muchas veces escapan a nuestro registro consciente y forman parte de la naturalización de la vida social. De alguna forma, fue la distancia lo que nos asoció.

Por todo lo mencionado, el proceso pandémico con sus impactos globales en las grandes economías de mercado y el mermado flujo de mercancías, personas y capitales, generó relevantes y desiguales impactos en la vida cotidiana de las personas, forzando procesos de individuación y distanciamiento que en el contraste, puso más que nunca de relieve ciertos límites conceptuales y políticos del individualismo, como así también generó interrogantes sobre la gestión del control y la seguridad por parte de los aparatos estatales que cada vez producen y gestionan más información sobre sus poblaciones humanas. Pero encontramos que también en lo colectivo y lo comunitario se producen ambigüedades: ayuda y apoyo por un lado, control social informal y exclusión de poblaciones vulneradas por otro.

No cabe duda que este hecho social total global nos deja muchos más interrogantes que respuestas y certidumbres. Precisamente en este sentido, es quizás también la posibilidad de poner una vez más en valor el trabajo de las ciencias sociales en general y en nuestro país en particular, para que las preguntas, conceptos y prácticas aprendidas y sedimentadas, puedan parecerse algo menos a la lechuza que levanta vuelo al atardecer cuando acaba el día para reflexionar sobre lo acaecido, que al canto de una alondra en el amanecer para forzar y propiciar el curso de un nuevo día.